

RECENSIONES

ANTONIO NATERA PERAL: *El liderazgo político en la sociedad democrática*. Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2001, 208 páginas (1).

Pese a la ingente cantidad de estudios que abonan el explorado terreno del liderazgo, nos sorprende de forma grata la aparición de libros como el que tenemos en nuestras manos. Si bien el tema del liderazgo, en su sentido más general, goza de investigaciones con amplia tradición, el liderazgo político, como especialidad de aquel, ha sido, y continúa siendo, un terruño menos cultivado. El profesor Jean Blondel en su ya clásico *Political Leadership*, después de realizar profundos análisis del liderazgo político, se rinde ante la evidencia de las muchas limitaciones que se observan en el conocimiento de los conceptos, causas, manifestaciones, consecuencias y tipologías del fenómeno, concluyendo cada capítulo del libro con afirmaciones que invitan al pesimismo científico, tanto teórico como metodológico y empírico.

La Ciencia Política moderna ha preferido el estudio del comportamiento electoral agregado por la evidente importancia de los resultados electorales para los gobiernos e instituciones de toda índole, acostumbrados a sopesar la democracia en porcentajes de voto, que el análisis profundo del papel y relaciones de los líderes políticos. Como llega a decir el autor de la obra que comentamos, «la escasez de trabajos, tanto teóricos como empíricos, que de forma sistemática analizan la conducta de los actores individuales y que puedan servir de referencia es ciertamente alarmante, si se compara con la abundancia de trabajos electorales» (pág. 83). Cuando se ha estudiado el liderazgo político se ha hecho desde la óptica de la psicología y la sociología políticas, que han aumentado de manera progresiva su relevancia en el interior de la Ciencia Política, primero en la anglosajona y más recientemente en la continental. Esto nos hace pronosticar un aumento del interés por los análisis del comportamiento individual, y especialmente de los individuos que detentan el poder político en sus diferentes niveles.

(1) Esta recensión forma parte de los trabajos realizados en el marco del Proyecto de Investigación I+D BSO2001-3082 sobre *Liderazgo, partidos y movilización política. Un estudio de caso: la configuración del poder político democrático en Andalucía (1975-2003)* financiado por el Ministerio de Ciencia y Tecnología.

Desde los años del período de entreguerras hasta la actualidad el estudio del liderazgo político ha evolucionado hacia una mayor complejidad. Las primeras investigaciones fueron hechas por filósofos, sociólogos y politólogos como Michels, Pareto, Mosca, Ortega, Weber o Laswell, preocupados por la aparición de la nueva dialéctica élites-masas. El examen de los líderes era llevado a cabo desde una perspectiva personalista. Ahora, nuestro acercamiento combina la atención a las cualidades personales del líder, las estructuras que condicionan su comportamiento y las dinámicas que se crean entre las variables que intervienen en el proceso de formación y consolidación del líder, a lo que, en definitiva denominamos, liderazgo. Como explican Amparo Martínez y Francisco Morales (2), esta perspectiva constituye la alternativa complementaria a los estudios clásicos de los líderes. El énfasis lo ponemos ahora en las percepciones y demandas de los seguidores y en la relación coyuntura-estructura del sistema político, que son las variables claves que favorecen la formación, consolidación y crisis del liderazgo.

El profesor Natera conoce bien la bibliografía más reciente sobre el liderazgo político, como se demuestra en los trabajos que ha publicado hasta ahora (3). Se identifica, además, con las corrientes teóricas y metodológicas más actuales. Su trabajo de Tesis Doctoral y su estancia en prestigiosos centros de investigación sobre el liderazgo político le hacen ser pionero en España en este tipo de investigaciones, muy olvidadas entre nosotros. El libro que comentamos es, desde esta perspectiva, una gran aportación para el conocimiento del tema en España.

Este *Liderazgo político en la sociedad democrática* publicado por el Centro de Estudios Políticos y Constitucionales (Colección Cuadernos y Debates) hunde sus raíces en la mencionada Tesis Doctoral del autor, titulada *Percepciones y estilos de liderazgo local en la España democrática*, leída en 1998 en la Universidad Complutense de Madrid, y que sería interesante ofrecer al ámbito académico y al público en general. Ya en el prólogo del profesor Vanaclocha se pone de relieve la singularidad y oportunidad de la publicación, pese a la colección de obras acumuladas sobre el particular, si bien la mayoría pertenece a la tradición de estudios anglosajones. Esta apreciación es sostenida con tres argumentos para dar ejemplaridad al trabajo. En

(2) <http://www.copsa.cop.es/congresoiberia/base/social/soct12.htm> («El debate en torno al locus del liderazgo político»).

(3) ANTONIO NATERA PERAL: *Percepciones y estilos de liderazgo local en la España democrática*, Universidad Complutense de Madrid, 1998, Tesis Doctoral inédita; «Formas y estilos de liderazgo local», en CARLOS ALBA y FRANCISCO VANACLOCHA: *El sistema político local: Un nuevo escenario de gobierno*, BOE y Universidad Carlos III de Madrid, Madrid, 1997; «Political Leadership: A Tentative Framework» en *The Journal of Leadership Studies*, 4 (3), 1997.

primer lugar, se trata de una esperada aclaración conceptual del término. En segundo lugar, el liderazgo es visto como un proceso, como una interacción entre individuos, entre el líder y su entorno, tanto el más inmediato de la organización como el de la opinión pública. La tercera de las razones, tal vez la más significativa, sea la consideración del liderazgo político dentro de las democracias. El liderazgo lejos de ser elemento incompatible en los sistemas democráticos, nos aparece como imprescindible en cualquier proyecto de identidad colectiva, cambio social y legitimidad política. Al tiempo, y consciente de las contradicciones de la práctica con los principios éticos de la democracia (4), Natera apunta la necesidad de «democratizar los liderazgos democráticos».

El libro se estructura en cinco grandes capítulos y un anexo que recoge, de forma sintética y adaptada, el trabajo de campo desarrollado por el autor en su tesis doctoral. El interés se desplaza desde la consideración teórica del liderazgo en las ciencias sociales en general y en la Ciencia Política en concreto (capítulo 1) hasta el entorno del liderazgo y los estilos resultantes del mismo (capítulo 4). Da igual atención al líder en su papel de actor y al liderazgo como proceso (capítulo 2), como al comportamiento político propiamente dicho de los líderes y lo que viene a denominar Natera como «ecuación personal del liderazgo» (capítulo 3). Finalmente, y a modo de resumen-conclusión, se nos propone un esquema de elaboración propia para el análisis de los procesos de liderazgo político.

En el primer capítulo sobre «La pluralidad de concepciones del liderazgo», tras dar por sentado que detrás de cualquier concepción de liderazgo que utilicemos persiste la idea de que hay uno/s que influyen en otro/s, se toman en consideración los cuatro enfoques generales en que cabe ubicar la mayoría de las definiciones que del liderazgo se han dado.

El primero de ellos es el enfoque de los rasgos personales. Tuvo su etapa de apogeo en la década de los treinta y cuarenta de este siglo y se vincula con la *teoría del gran hombre*, donde se ponen de relieve el conjunto de cualidades innatas de determinados individuos, que hacen que los líderes se distinguan meridianamente de quienes no lo son. El problema consistía en identificar estos rasgos, labor que pese a los muchos intentos no logró arrojar demasiada luz, perdiéndose en la heterogeneidad de estudios aislados. El segundo enfoque, el de la *conducta*, nos señala que no es tan importante saber quiénes son los líderes, como aislar y analizar el conjunto de acciones que llevan a cabo, concentradas en dos grupos generales: el liderazgo orientado al cumplimiento de las tareas y actividades del equipo y el conducente a influir en otras personas. Tras el intervalo anterior, y desde finales de los se-

(4) GIANFRANCO PASQUINO: *La democracia exigente*, Alianza Editorial, Madrid, 2000.

senta hasta mediados de los ochenta, prevalece el enfoque *situacional-contingente*. En éste, el liderazgo se conforma a partir de la interacción del actor con un escenario particular. Las circunstancias temporales y espaciales son las que posibilitan que un perfil u otro acabe revistiéndose de liderazgo. En la actualidad el *nuevo liderazgo*, con su naturaleza interdisciplinar y la relevancia de las teorías del *new management*, la pretensión de hacer depender la suerte del líder de su capacidad para definir y poner en marcha una «visión» o un «propósito intencionado para una orientación futura» en el seno de la organización. Natera concluye que el estudio del liderazgo sigue estando maniatado por la heterogeneidad, la fragmentación y las limitaciones para la integración de los diferentes modelos. Algo que no nos debería sorprender a los científicos sociales, pues en idéntica situación nos encontramos con otros importantes fenómenos como el nacionalismo, la democracia, el clientelismo, y un largo etcétera.

El segundo aspecto que se contempla en este capítulo inicial es el de las imágenes clásicas del liderazgo, que arrancan desde la antigüedad clásica hasta llegar a nuestra contemporaneidad. Platón en *La república* ya resaltó la suma de habilidades artísticas y profesionales del Filósofo-Rey como ideal de líder. *El Príncipe* de Maquiavelo, con el punto de mira en la maximización del poder, es el prototipo de líder renacentista, cuyas reminiscencias llegan hasta Lasswell y Wright Mills entre otros. Más adelante, ya en el siglo XIX, los estudios se bifurcan entre quienes apuestan una visión del líder como el «gran hombre» y los deterministas, que prefieren hablar más bien de «hombres-marioneta». Entre los primeros, Thomas Carlyle y su consideración de los líderes como *héroes*, agentes preeminentes del cambio social, o por Max Weber y su líder carismático conductor de hombres, con las matizaciones necesarias. En el otro extremo, el determinismo social o cultural de Marx y Spencer defiende una concepción de la realidad social relativamente libre de toda intervención personalista significativa. En cualquier caso la Ciencia Política es consciente, al menos hoy día, de que la capacidad de influencia de los líderes depende tanto de los mismos hombres como de su relación con el entorno. No obstante, las definiciones del fenómeno en esta área del conocimiento siguen siendo muy plurales y fragmentadas, como apunta el autor y reconocemos todos sin necesidad de rasgarnos las vestiduras.

El libro continúa señalando los rasgos diferenciales del liderazgo político, para acabar con una enumeración de las funciones de los líderes en su consideración de actores individuales. En una primera propuesta se nos dice que el liderazgo debe ser visto como un fenómeno relacional, interactivo, entre el líder y su ámbito de dominio político, cualquiera que sea, y donde se incluyen de forma evidente tanto los oponentes como los seguidores. Sin

embargo, aún le resta por descifrar al científico social la dinámica real del liderazgo, es decir, la relación entre líderes, seguidores y contexto.

No obstante, Natera destaca la importancia del componente personal, la capacidad y el comportamiento propios del líder, conceptos que no debieran tener una correlación clara ni con el de autoridad, ni con el de élite política, y que no tienen por qué ser aplicados, nos dice, ni a actores colectivos ni a instituciones. Sin embargo, cuando habla de liderazgo político se refiere a un propósito colectivo con el fin de establecer una clara vinculación entre líderes y seguidores, que consideran al líder como la encarnación de un ideal vivido por todos ellos. Éste es el sentido en el que los líderes tienen un «impacto no rutinario». El verdadero líder debe ser capaz de proyectar una influencia, real o meramente percibida, que exceda los límites de lo rutinario, de lo previsible, bien con el ánimo de corregir desequilibrios, bien para generar motivación en su entorno. Para ello, el dirigente se vale tanto de recursos formales, derivados de su privilegiada posición en la organización, como de los informales, propios del individuo —poder de persuasión, control de la agenda, amenazas, intercambios, etc.— en virtud de su proceso de socialización. En función de todo ello nos encontraremos diferentes modalidades de influencia.

Natera repasa también las funciones de los líderes considerados como actores individuales. El impulso político es la primera de ellas. El líder trata de diagnosticar y prescribir las acciones que ha de ejecutar y buscar los apoyos necesarios para la implementación de las mismas. Según el autor esta tarea de los líderes resulta especialmente importante en momentos de incertidumbre. La comunicación política, acentuada en los períodos de campaña electoral, es la segunda de las funciones, que no es sino persuadir tanto a los competidores como a la opinión pública. La tercera función estudiada es la de agregación de demandas e intereses colectivos; esto es, la conversión de expectativas económicas y sociales en demandas políticas dirigidas al gobierno. Y, por último, habla de la función de legitimación personal del líder, erigido como un referente simbólico capaz de aglutinar y representar identidades colectivas.

Para situar el estudio del liderazgo político en su sentido actual el texto da el paso decisivo al atender a los factores que influyen en el surgimiento y en la consolidación del liderazgo político (capítulo tercero). El primero de ellos es lo que denomina «ecuación personal del liderazgo», es decir personalidad del líder igual a competencia más ambición. Esboza los diversos enfoques sobre la personalidad política de los líderes: la típica aproximación biográfica de «vida y milagros» de los grandes líderes, el enfoque psicobiográfico de influencia psicoanalítica más volcado en la tarea de localizar las experiencias claves que marcan la personalidad del líder y la perspectiva ti-

pológica, más vinculada a la Ciencia Política, con mayor vocación empírica y comparada, que pretende clasificar a los distintos líderes en tipos generales de acuerdo a determinadas características básicas de la personalidad. En todo caso, el autor es consciente de que la personalidad es más bien algo inferido que observable, de muy difícil concreción y que corre el riesgo de verse reducido a una cuestión estrictamente psicologicista.

Ahora bien, junto a la personalidad, el liderazgo necesita de manera obvia una dimensión práctica que es lo que se conoce como «competencia política», y que no es sino el conjunto de habilidades necesarias para la acción política. Se señalan tres tipos de habilidades. Las relacionadas con los métodos, instrumentos y procedimientos para realizar determinadas actividades (técnicas), la capacidad analítica para conceptualizar problemas complejos (cognitivas) y la habilidad de entendimiento y relación con las actitudes de otros (interpersonales). A las habilidades mencionadas es importantísimo agregar cierta dosis de ambición política, con raíces en fuentes diversas, como el sentido del deber, la necesidad de fama o la competitividad. No descuida Natera el matiz de las implicaciones de la ambición, ya que pueden ser positivas o negativas según la predisposición del líder hacia el interés general o hacia el beneficio particular en la acción pública.

La cuestión de personalidad del líder y de los factores que influyen en ella se completan con el estudio de tres dimensiones del comportamiento político de todo líder. Lo primero de todo es la adopción de decisiones, ya sean programadas o no, así como la fijación de la agenda. En función de la manera en que las decisiones se adopten se habla de una serie de continuos. Según sea el grado de autonomía en la capacidad decisional se distingue entre autonomía y dependencia y, entonces, las decisiones se toman, bien de forma individual, consultada, conjunta, por delegación, es decir, asumiendo por parte del líder otras propuestas. Por otra parte, si nuestro *continuum* es la anticipación vs. reacción, nos encontramos con un modelo incremental en el que la solución de los problemas se realiza a corto plazo y con multitud de decisiones particulares, y con un modelo racional-estratégico, de carácter anticipatorio, más planificado, global o con el medio y largo plazo como objetivo, aunque con elevados costes y dificultades para ser llevado a la práctica.

El trabajo político es la segunda de las dimensiones del comportamiento. La definición del mismo requiere concretar tanto el contenido de dicho trabajo como el conjunto de roles de esa praxis. Natera nos avisa de la dificultad de concretar un contenido que por la propia naturaleza del liderazgo deviene en multidimensional, y sometido de lleno tanto a las preferencias individuales, como a la brevedad y fragmentación del trabajo directivo de los líderes políticos. En lo que se refiere a los roles, el autor clasifica a los líderes en diez categorías partiendo de la experiencia empírica de su trabajo de

campo. Entre ellas están el gestor, el buscador de apoyos, el impulsor político y/o económico, o el mediador de intereses. De tal categorización deriva la distinción básica de líderes gestores, emprendedores, individualistas y ausentes.

La última de las dimensiones del comportamiento es la búsqueda de apoyos entre personas, colectivos e instituciones. Es esta práctica ineludible para el líder en la formación de su agenda y en la puesta en práctica de la misma. El objetivo final es construir y mantener una red de apoyo que sea operativa y funcional a los intereses del «jefe». Entre las funciones de la red de apoyo se incluye el suministro de recursos de todo tipo, la posibilidad de relación con otros centros de poder, la puesta en práctica cualquier innovación, el suministro de información y la canalización de comunicación o la mediación del líder con el entorno. Basándose en diferentes autores reconocidos internacionalmente (Eisenstadt, Caciagli, Tucker), el autor sostiene que las redes de apoyo se sustentan varios tipos de relaciones: relaciones formales, donde quienes colaboran con el líder entienden que éste posee la autoridad; relaciones coercitivas, donde la colaboración es impuesta, ya que existe temor a posibles sanciones; relaciones utilitarias, basadas en un intercambio pactado de bienes y servicios y donde el líder tiene recursos que ofrecer e intercambiar; relaciones clientelares, cuando la desigualdad de recursos a intercambiar es manifiesta y el ámbito de interacción es restringido; relaciones de coalición, cuando líderes y seguidores abrazan un común objetivo con la intención de hacer frente a algo; relaciones cooperativas, cuando el líder integra, de forma interesada, a determinadas personas en su entorno inmediato con el ánimo de mantener contactos de apoyo con otros grupos, pese a lo arriesgado de la decisión; por último están las relaciones basadas en los vínculos personales de líder.

Natera también aborda, en el capítulo cuarto, el importante tema del entorno, la percepción y el impacto del liderazgo. Como nos explica el autor, el entorno constituye un conjunto de variables contextuales que proporcionan el marco o escenario en el que el proceso de liderazgo tiene lugar. De esta forma la actuación del líder queda restringida por las circunstancias de todo tipo que le rodean. Pero, al mismo tiempo, el entorno le ofrece recursos y oportunidades para aumentar su autonomía e influencia, y así lograr sus objetivos.

Sin duda son muchos los factores que rodean al liderazgo político. Natera utiliza a Sobral, Elgie y Hall para sintetizar una tipología de los mismos. Menciona, en primer lugar, los factores no institucionales, tales como la cultura política, las fracturas de la sociedad y las demandas de los ciudadanos. A continuación destaca los factores institucionales, es decir todos aquellos relacionados con las normas establecidas y los recursos disponibles por los

diferentes entes públicos de un país. Y, finalmente, nos advierte «que existe una multitud de factores propios de la dinámica política que pueden condicionar el desarrollo de procesos de liderazgo» (pág. 108), entre los que cita el sistema de partidos, el tipo de gobierno (monocolor o coalición), la proyección geográfica del líder y sus relaciones con otras esferas de poder, pero en los que no se extiende ni profundiza, a pesar de que es éste uno de los aspectos del liderazgo, junto a los demás factores del entorno, que más interesan a la Ciencia Política y, sin embargo, de los menos estudiados.

Especial interés pone Natera en cuantificar la influencia o impacto ejercidos por los líderes. Esto sólo es posible midiendo la percepción que del líder poseen los ciudadanos, para lo que es necesario la operativización del propio concepto de «percepción del liderazgo» (pág. 110), definido por el autor con la ayuda de Herreros. Las variables a medir son la competencia percibida y la ambición, por un lado, que constituyen las variables de la «ecuación personal de liderazgo». Por otra parte se trata de cuantificar la popularidad y la credibilidad. La medición de la percepción de los líderes da como resultado un índice. Aunque Natera defiende con rotundidad que estas cuatro variables definen operativamente la percepción de liderazgo, nos queda la duda en alguna de ellas como pueden ser la credibilidad y la ambición, aspectos vinculados a una excesiva subjetividad y difíciles de operativizar (5). Por ello, pensamos en la posibilidad de integrar dentro de la medición otros elementos como los apoyos internos de los partidos, asistencia a sus actos públicos, etc.

El intento, sin embargo, es de sumo interés, puesto que proyecta una perspectiva valorativa bastante compleja de la imagen de los líderes, dejando para un apartado final el estudio de la relación de guarda la percepción del liderazgo con la obtención de votos en los procesos electorales (6). En este punto, Natera subraya que la influencia de líder a la hora de recoger votos es relativa, no muy grande, pero cierta, especialmente en dos sentidos. Primero, atenuando de modo general «los efectos de la identificación partidista» y, después, potenciando la posición del propio partido, con el que queda identificado. Independientemente de lo anterior, sí parece evidente que la percepción del liderazgo es causa y efecto del liderazgo mismo.

Como parte final del libro se repasa una serie de tipologías de los estilos de liderazgo que culmina con una propuesta de conceptualización sobre lo

(5) En estas cuestiones se ha de mencionar la investigación de MIGUEL GARCÍA SAINZ: *Habilidades sociales del líder político*, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 1991, Tesis Doctoral.

(6) Este tema ha sido trabajado por M. JUSTEL: *El líder como factor de decisión y explicación del voto*, Institut de Ciències Polítiques i Socials, Working Paper 51, 1992.

que es el estilo de liderazgo. Parte esta menos novedosa, ya que Natera se limita a sintetizar las aportaciones de significados investigadores, e incluso intuye la escasa importancia de los conceptos de estilo de liderazgo, ya que los estudiosos están mucho más interesados en clasificar a los líderes según parámetros operativos que conceptuales. No obstante, el trabajo erudito de Natera es sobresaliente, pues hace constar su conocimiento de la literatura más destacable sobre el liderazgo a lo largo de las páginas 116-132. Con amplias notas a pie de página y explicativos cuadros se explica lo que son concepciones unidimensionales y pluridimensionales del liderazgo, la idea del liderazgo transaccional y el de recomposición, las tipologías de los líderes según su influencia en el sistema político, y el liderazgo carismático, que como es lógico no podía faltar. Así vemos aparecer por las ventanillas de un tren de alta velocidad a Bentley, Wilson, Schumpeter, Banfield, Dahl y otros autores más próximos a la estación término como Kotter, Lawrence, Yates, Burns, Blondel, Linz, Rejai, Philips, Cerny y muchos más. Todos juntos forman el espectacular universo de especialistas en el tema. La visión, aunque demasiado rápida, es muy explicativa y panorámica. Habría que destacar en ella esa distinción de Burns entre liderazgo transaccional (basado en el intercambio mutuamente ventajoso en situaciones de normalidad) y de recomposición (fuerte compromiso y motivaciones de líder y seguidores con objetivos transformadores), que profundizada y extendida podría dar lugar a conclusiones de gran interés para el análisis del liderazgo en España. Pero, también, es de encomiar la buena síntesis que se hace de las características del liderazgo carismático, especialmente mediante la recuperación de un antiguo y excelente artículo de Raúl Martín Arranz (7).

Finalmente, la propuesta de definición de «estilo de liderazgo», de la que hablamos más arriba, se resume como «combinación particular de los modos empleados por los líderes en la adopción de decisiones políticas, en la concepción y realización del trabajo político y en las relaciones entabladas con otros actores políticos y sociales» (pág. 133). Es decir, Natera cree que el estilo de liderazgo se puede tipologizar en función de la forma personal de dirección política, o sea la ecuación personal del líder y del comportamiento del mismo, dejando en segundo plano a la realidad circunstancial. Esto implica que nuestro autor tiene una concepción del liderazgo muy personalista, lo que desdice sus mismos análisis sobre la relativa influencia de la red de apoyo —que no sabemos si analiza como partido político, o como red clientelar, u otras modalidades—, del entorno y de la capacidad para la obtención de votos.

(7) RAÚL MARTÍN ARRANZ: «El liderazgo carismático en el contexto del estudio del liderazgo», en JOSÉ ÁLVAREZ JUNCO (comp.): *Populismo, caudillaje y discurso demagógico*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 1987.

La conclusión final del trabajo que comentamos se refleja en el último y breve capítulo quinto. Natera lo presenta como «una visión integradora de los procesos de liderazgo» y nos la ofrece como un esquema para el análisis de los mencionados procesos. Esta esquematización explicada por el mismo Natera interrelaciona los distintos temas que forman parte del liderazgo político: *a)* Modelo de comportamiento político del líder; *b)* Ecuación personal de liderazgo; *c)* Red de apoyo; *d)* Ámbitos de dominio público; *e)* Impacto de liderazgo; *f)* percepción del liderazgo, demandas y apoyos; *g)* Conformación de un estilo de liderazgo (págs. 137-139). Se trata de un modelo comprensivo del liderazgo político confeccionado desde una perspectiva sistémica en el marco de las actuales democracias, dentro del cual es difícil situar a líderes revolucionarios o de sociedades alejadas de la cultura occidental actual. Por eso, el planteamiento y desarrollo etnocéntrico del tema limita sus aspiraciones teóricas generales, sin que esto represente una crítica de fondo.

Es evidente que ese esquema de análisis, en cuanto esquema teórico, es útil para su aplicación, aunque otra cuestión será su verificación en la realidad española, en alguna comunidad autónoma o en los municipios de país. Posiblemente tal aplicación crearía una recolocación del papel e importancia de las distintas variables en el esquema defendido. En España, parece que los elementos estructurales e institucionales predominan sobre la influencia personal de los líderes, por lo que el liderazgo es siempre un liderazgo construido social y mediáticamente. Esto se colige, o si se quiere, es corolario, de la preponderancia que los partidos políticos tienen en la política de nuestro país a la hora de seleccionar a los líderes y de nombrar los candidatos a los cargos públicos en las elecciones. A pesar de ello, en este libro no se dedica ninguna atención a la estasiología, como mucho de habla de redes de apoyo, en un tono demasiado genérico.

Antes de continuar en esta línea de comentarios globales a la publicación hemos de observar que al contrario de lo que ocurre normalmente en un libro científico, el de Natera no acaba con las conclusiones a las que hacíamos referencia, sino con un sugerente e innovador estudio sobre el liderazgo local en España, «síntesis adaptada» de los resultados de la tesis doctoral del autor al contenido del libro publicado, aunque desgraciadamente sin incluir los datos que avalan las conclusiones obtenidas. Como dijimos al principio, es de esperar que pronto esta tesis sea publicada en su conjunto, al objeto de alcanzar la máxima comprensión del fenómeno del liderazgo. La pretensión del anexo es ilustrar que el esquema de análisis de los procesos del liderazgo expuestos en las páginas anteriores se hace operativo al aplicarse al ámbito político local en España.

El repaso del anexo nos muestra, en primer lugar, la delimitación del liderazgo local, es decir, del liderazgo de los alcaldes españoles, como objeto

de investigación, los fines perseguidos y las hipótesis planteadas. En segundo término, se reflexiona sobre el marco en el que liderazgo local se inserta: la dialéctica nacionalización-localismo, en la que Natera enfrenta la tesis de la «partidificación» de los gobiernos locales y la nacionalización del voto a la antítesis de las singularidades locales de todo tipo (elecciones, cultura local, políticas públicas). De ello deviene una limitación a lo nacional en lo local, reflejado en la fortaleza y estabilidad de auténticos gobiernos locales, o en la especificidad de las elecciones y discursos locales. A continuación, Natera explica la metodología de la investigación empírica llevada a cabo. Insiste en su pretensión de estudiar un universo de casos, sin ánimo de obtener conclusiones más amplias que las que afectan a tales casos, y no una muestra para el análisis estadístico. Su estudio se basa, simplemente, en el análisis de treintaseis alcaldes, seleccionados entre aquellos con más de cuatro legislaturas en el poder, y estando desempeñando todavía el cargo, en municipios de más de diez mil habitantes. Realizó entrevistas en profundidad a dos de ellos. Solicitó a toda una serie de informantes de los municipios afectados datos sobre los alcaldes objeto de estudio. Pues bien, acaso sea aquí, en esta cuestión metodológica donde se encuentren graves problemas para la aceptación de las conclusiones, tanto de la tesis, como sobre el modelo de análisis sugerido en el libro. Primero, por la escasez de estudios de caso contemplados. En segundo lugar, porque hay cierta confusión entre los estilos de liderazgo político y las percepciones del mismo, algo que queda aclarado en su tesis, pero no en el libro que comentamos. Y, tercero, por la utilización de análisis teóricos extraídos de la tradición anglosajona, donde la democracia local difiere sensiblemente de la democracia local del sur de Europa.

Por último, se ofrecen las conclusiones sobre el liderazgo local, aunque con más propiedad habría que decir sobre la percepción del liderazgo local. Con una peligrosa tendencia a la generalización, Natera desgana los resultados de la investigación agrupándolos en los items que configuran el modelo analítico defendido. Y creemos que llega a muy buenos resultados porque desarrolla un perfil de liderazgo de los alcaldes estudiados atendiendo a las variables de comportamiento, trabajo, estilos decisorios, redes de apoyo, perfil sociodemográfico, cualidades, percepción, etc.

Como conclusión final de esta recensión creemos conveniente señalar que la aportación de este libro es muy importante y sugerente, pese a los pequeños detalles críticos e insuficiencias que se han señalado. En los aspectos más formales el libro peca en exceso de citas y de largas notas de pie de página, puesto que en el fondo es un conjunto de opiniones de otros autores enjaretadas con un cierto orden, con lo que se expone una interpretación del fenómeno del liderazgo político. Quizá la mayor virtud de este trabajo sea la

de despertar la curiosidad sobre este tema, mucho menos conocido de lo que se cree. Pero todavía habremos de seguir buscando respuestas a los muchos problemas que suscita. En definitiva, el trabajo de Natera es de gran valor en la politología española, pues éste es el primer y gran esfuerzo por difundir entre nosotros la formación, el mantenimiento y la crisis del liderazgo.

Antonio Robles Egea y Rafael Vázquez García

JEAN-LUC CHABOT: *Histoire de la pensée politique. Fin XVIII^e-début XXI^e siècle*, Presses Universitaires de Grenoble, Grenoble, 2001, 307 págs.

Nos presenta en esta ocasión Jean-Luc Chabot, catedrático de Ciencia Política de la Facultad de Derecho de la Universidad Pierre Mendès France (Grenoble 2), un manual perfectamente estructurado que contiene las líneas principales de la ideología política del período histórico que abarca y que pretende un acercamiento básico al pensamiento de los siglos XVIII, XIX y XX, fundamentado en un fenómeno que le confiere una cierta unidad y que, en su opinión, supone una interpretación del hombre que va más allá de las explicaciones religiosas o filosóficas antiguas o medievales, para incardinarse en la modernidad, donde va a predominar la política en un sentido global como ideología.

El A. parte en su exposición de la constatación de que si bien en ciencias humanas y sociales es frecuente que las materias sean separadas en función de su anterioridad o posterioridad a la Revolución Francesa, esta división no es aplicable a la historia del pensamiento político, donde el punto de inflexión había comenzado con anterioridad, en concreto en el siglo XVI. Esta premisa va a servir a Chabot para estructurar las diferentes partes del trabajo que presenta, principiando por realizar una breve aunque adecuada sinopsis sobre el nacimiento de la ideología política, donde va a tener un papel fundamental la sustitución del referente trascendente por un proyecto inmanente junto al proceso histórico de formación y de acoplamiento de las diversas ideologías. No obstante, hacemos la precisión que ése es un planteamiento francés que no se da ni en España, ni en los países latinoamericanos.

La Revolución Francesa aparece fundamentada, según Chabot, sobre la base de tres trazos fundamentales: el cartesianismo político que supone la transposición de la lógica matemática a la filosofía, el legalismo o culto a la ley y el jacobinismo, este último desde un doble punto de vista, como actitud del hombre político y como política para cambiar al hombre, adentrándose después el A. en la caracterización del pensamiento contrarrevolucionario, lo que realiza trayendo a colación la biografía y las líneas ideológicas fundamentales de pensadores de la talla de Edmund Burke (1729-1797), Joseph de

Maistre (1753-1821) y Louis de Bonald (1763-1840). En relación a De Maistre, Chabot se ha mostrado muy crítico en una reciente ponencia en un Congreso dedicado al pensamiento político del autor de las *Veladas de San Petersburgo*.

Los fundamentos filosóficos de las ideologías políticas contemporáneas es otra de las temáticas incluidas por Jean-Luc Chabot en su manual, dividiendo esta parte en tres secciones realizando un breve recorrido por el idealismo kantiano, el panteísmo hegeliano, la corriente empirista, la materialista y los positivismos, desembocando en el sincretismo contemporáneo donde se eclipsan la filosofía y la ciencia ante el nacimiento de las ideologías filosóficas, destacando el A. en este punto tres grandes grupos constituidos por los liberalismos, los socialismos y los nacionalismos.

Respecto a los liberalismos el volumen realiza un recorrido sobre su concepto ideológico o individualista cuya evolución concluye en los neoliberalismos. Chabot analiza los orígenes del liberalismo ideológico deteniéndose en tres puntos, la ética protestante, el pensamiento de John Locke y Bernard de Mandeville y la influencia de los fisiócratas en Francia, centrándose después en la concepción económica del hombre, preconizada por Adam Smith y Jeremías Bentham, tendente a sacralizar la sociedad a través del individuo que será el único principio activo, mientras que con posterioridad la tendencia se invertirá y será el individuo el que resulte protegido por la sociedad que tenderá a servirle. En este punto el análisis del A. se centrará en las líneas básicas del pensamiento de Benjamin Constant, del anarco-liberalismo de Max Stirner (1805-1856) y del ultraliberalismo contemporáneo de I. L. Von Mises (1887-1973).

Con respecto al utilitarismo de John Stuart Mill, hay cuestiones importantes que no han sido tenidas en cuenta por Chabot, como la indeterminación del utilitarismo que lleva a la maximalización del concepto de felicidad, que por algunos es considerado como un ideal ético inadecuado. Desde esta óptica, toda consideración de un principio político traducido en norma ha de verificarse por la vía de la justificación en base a una utilidad para el bienestar general de una comunidad colectiva, lo que representa que, o bien existe un legislador moral de extraordinaria inteligencia, o quizás la traducción de la moral en el plano normativo se plantea como un ideal prácticamente inalcanzable en el proceso de desarrollo histórico.

Frente a los efectos indeseables del liberalismo político en la Europa del siglo XIX, Chabot no desconoce que el pensamiento liberal tiende a mitigar la lógica fundamental del individualismo atemperando sus aplicaciones con objeto de lograr una aceptación cada vez mayor del papel del Estado, y es entonces cuando surge lo que se ha dado en llamar neoliberalismo que si bien en un principio legitima la función del Estado en la regulación social y

económica, después evoluciona hacia su reducción al máximo, trayendo Chabot a colación en este sentido a los principales representantes de la Escuela de Chicago, destacando el economista neoyorkino, premio Nobel en 1976, Milton Friedmann junto al pensamiento de Friedrich Von Hayek (1899-1992).

El estudio de las diversas corrientes del socialismo es quizás lo más conseguido del volumen y conforme a su evolución histórica y teórica, esta parte comporta tres capítulos: los primeros socialistas, el marxismo y el neomarxismo y la socialdemocracia. En el primero, Chabot discurre por el socialismo reformador destacando a sus principales representantes —Saint-Simon, Comte, Fourier, Owen, Cabet, Buchez, Leroux y Blanc— y por el anarquismo, donde resalta las aportaciones del pensamiento político de Proudhon, los principios fundamentales del anarquismo revolucionario, los modelos postrevolucionarios de Bakunin y Kropotkin y el sindicalismo revolucionario de Sorel. Hay que señalar en este punto —cuestión de la que Chabot apenas se hace eco— que, a pesar del fracaso práctico de las doctrinas de Cabet, y aunque no tuvo la influencia posterior de otros autores, no se le puede negar el mérito de sentar una serie de principios que han permitido la difusión de las ideas comunitarias entre los autores franceses que han servido de sedimento para ulteriores construcciones socialistas y comunistas mucho más elaboradas.

En el segundo, dedicado al marxismo, la atención del autor se detiene en sus precursores, Babeuf y Blanqui, entre otros, para desembocar más tarde en las principales líneas de la ideología y del pensamiento de Karl Marx y Friedrich Engels, de los que realiza un breve apunte bibliográfico. Sobre estos temas, muy tratados por la doctrina, la aportación de Chabot se circunscribe a la elaboración de una síntesis de gran claridad, si bien no hemos podido descubrir nada nuevo ni sobre el concepto de alienación ni sobre el materialismo histórico ni dialéctico, no entrando el A. en la consideración de la religión como autoconciencia o sentimiento sino como crítica a la Filosofía alemana del Estado. En este sentido, para Marx, Alemania supone en su momento la consolidación del Antiguo Régimen cuando la noción del Estado moderno ya había aparecido en otros lugares del mundo. Para el alemán, son las relaciones sociales las que explican el Estado, lo que entra en contradicción con la noción hegeliana de que es el mismo Estado el que viene a explicar estas relaciones sociales. Por otro lado, Chabot menciona el austromarxismo, nacido a comienzos del siglo xx; sin embargo no dice nada —tal vez por el carácter general del libro— de que supuso un esfuerzo de confrontación teórica del marxismo con ciertas corrientes políticas e ideológicas hostiles, apoyándose sobre una realidad en la que la evolución aparece como contraria a los postulados enunciados por Marx. Dos autores como Otto

Bauer y Karl Renner —sobre ellos podría haber sido interesante que Chabot además de acreditar conocer sus nombres, hubiera profundizado en el análisis de la tesis doctoral de Christian Merlin, *La nation dans l'austromarxisme*, leída en la Universidad de París I dirigida por el prestigioso Maurice Duverger y publicada en París en 1986, y donde Merlin advierte de la permanencia de la problemática y de los conceptos austromarxistas en la investigación contemporánea como testimonio de su actualidad en tanto en cuanto instrumentos de aprehensión de la realidad de nuestros días— por un lado apoyándose en el materialismo histórico de Marx, pero por otro rehuendo de algunas de las afirmaciones y planteamientos de éste último, han tratado —dentro de un panorama en Austria y Hungría, lleno de contradicciones nacionales y de movimientos secesionistas— de aportar una respuesta política apropiada. No se puede desconocer que Otto Bauer llevó a cabo una elaboración teórica de la nación considerada como una fuerza social comunitaria, distinta de las clases sociales, que reposa sobre la historicidad y la mutabilidad y que alcanza a permitir que el socialismo pueda sólo realizar la plena integración de una comunidad nacional. Por otra parte, Karl Renner llega a concebir un programa de reconstrucción del Estado austrohúngaro que aparecía diseñado en sus perfiles constitucionales como algo fundado en la idea de autonomía nacional personal extraterritorial. La teoría de la nación de Otto Bauer ha sido integrada a la ciencia política británica y americana a través de la obra de Karl Deutsch.

Las líneas básicas de la evolución del pensamiento marxista constituyen el centro del tercero de los capítulos antes mencionado, en el que el A. estudia por un lado, las adaptaciones geopolíticas del marxismo —leninismo, stalinismo, trotskismo y maoísmo— y los neomarxismos intelectuales y teóricos de la mano de Gramsci, Althusser y Poulantzas en Francia y los integrantes de la Escuela de Fráncfort; mientras que, por otro, analiza los socialismos democráticos sobre la base de Rodbertus, Lasalle, Kautsky, Bernstein y Henri de Man. La figura de Karl Kautsky merece, dentro del carácter de manual del libro, un tratamiento algo más amplio, consideración que debe tener como base que este autor dominó el desarrollo teórico del marxismo durante la II Internacional, y que si bien no era ciertamente un filósofo notable, fue el principal artífice y, por así decirlo, la encarnación de la ortodoxia marxista. La convicción básica de Kautsky de que el socialismo no podría implantarse en tanto que las condiciones económicas no lo hicieran posible y su creencia de que el socialismo suponía la democracia, se unieron para hacer de él un firme oponente de la Revolución de Octubre y de la concepción leninista de la dictadura del proletariado. Al igual que la mayoría de los críticos socialistas de Lenin, Kautsky afirmó que Lenin estaba equivocado al suponer el apoyo de Marx a la idea de la dictadura del proletariado como una

forma de gobierno particular, opuesta a las formas democráticas; para Marx y Engels, ello significaba no la forma de gobierno sino su contenido social. Esto se probaba por el hecho de que Marx y Engels utilizaron el término «dictadura del proletariado» para referirse a la Comuna de París —tema sobre el que Chabot pasa muy de soslayo—, que se basaba en principios democráticos, un sistema pluripartidista, elecciones libres y libertad de expresión.

No se centra el A. en la crítica del parlamentarismo de Lenin y no menciona que ya en su obra *El izquierdismo. La enfermedad infantil del comunismo*, que redactara en abril de 1920, y a la que en mayo de ese mismo año le añadió cinco apéndices, resaltaba Lenin su crítica a los comunistas alemanes de izquierda contrarios a participar en parlamentos burgueses, ya que señalaban que las formas de lucha parlamentarias estaban históricamente anticuadas y merecían un rechazo generalizado. No obstante, si Lenin manifiesta que el parlamentarismo históricamente aparece como anticuado desde el punto de vista de la propaganda, no ocurre lo mismo en cuanto al proceso de evolución hacia su destrucción final, ya que en el momento en que escribía esta obra millones de trabajadores en Alemania no eran contrarios al parlamentarismo, lo cual no debe llevar a considerar a estos obreros como contrarrevolucionarios y lo que indica —al mismo tiempo— que no se deben confundir las realidades prácticas con los objetivos políticos o con los meros frutos de una ideología; de ello se dio cuenta el propio Lenin con independencia de sus críticas al parlamentarismo. En este punto en relación a Alemania, Lenin advertía que la participación en las elecciones parlamentarias y la lucha desde el estado político son «obligatorias»; en dicho sentido quiero remarcar este aspecto reseñado por Lenin para los partidos proletarios revolucionarios. Tampoco incide Chabot en que Lenin también criticaba las teorías del boicot total, siguiendo la vía del compromiso como paso necesario para la destrucción del sistema parlamentario, optando por soluciones de una mayor flexibilidad que permitieran la obtención de la victoria final.

En la crítica del parlamentarismo en la filosofía de Lenin, hay que señalar que en el planteamiento habría de retrotraerse a Karl Marx —es muy interesante, aunque no ha sido tenido en consideración por Jean-Luc Chabot, el examen que de dicha problemática realiza György Lukács en «La questione del parlamentarismo», recogido en *Scritti politici giovanili 1919-1928*, trad. italiana de Paolo Manganaro y N. Merker, Bari, 1972, págs. 73-87. Este artículo con su título original «Zur Frage des Parlamentarismus», fue primitivamente incluido en la revista *Kommunismus. Zeitschrift der kommunistischen Internationale für die Länder Südosteuropas*, editada en Viena, en el número de primero de marzo de 1920— y es objeto también de anotaciones críticas por parte de otros autores en relación a la contribución a la crítica de la filosofía del Derecho en Hegel. No es excesivamente explícito Jean-Luc

Chabot, por tanto, en el análisis de la concepción marxista-leninista del parlamentarismo y del poder legislativo. Es lugar común en la doctrina que esta noción del poder legislativo la desarrolla Marx en su crítica del Estado en Hegel y Lenin en *El Estado y la Revolución*. De esta forma, mientras desde la óptica de Hegel se observa la necesidad de la existencia de dos Cámaras, para Marx esta distinción clásica del parlamentarismo no aparece sino como una consecuencia de la alienación política, dado que estas dos Cámaras no suponen dos existencias de un mismo principio sino dos existencias de dos diversos principios, que obedecen a condicionantes sociales de tipo diferente. Marx establece una contradicción, en la que no entra nuestro recensionado, entre que los Diputados sean verdaderos representantes del sufragio popular y de los electores y no de las corporaciones de los grupos de poder, que no responde al conjunto de la voluntad de la sociedad civil según su teoría, y viene a considerar la elección universal como un medio para destruir al Estado dentro de la concepción hegeliana, desde el momento en que considera que el pueblo se convierte en el verdadero sujeto político y supera la realidad opresora. Como es sabido, estoy segura de que Chabot no lo ignora si bien tampoco lo menciona, Lenin se plantea en *El Estado y la Revolución* la supresión del parlamentarismo, lo que sin duda comporta un duro golpe y una desnaturalización de la comunidad política. La idea del parlamentarismo no solamente es reprobable para Lenin en el caso de las monarquías parlamentarias constitucionales sino también en las repúblicas democráticas, por su condición de burguesas, señalando, además, que no puede considerarse como un principio exclusivo del anarquismo el examen de la supresión del parlamentarismo, aunque, al mismo tiempo arbitraba la solución de que no fuera la destrucción de las instituciones representativas, del principio de elegibilidad, el camino más acorde y directo a tener en cuenta. No obstante, Lenin censuraba la democracia burguesa y elogiaba la comuna parisina ya que para él no era un organismo parlamentario sino de trabajo ejecutivo y legislativo al mismo tiempo.

A los nacionalismos dedica Chabot, la última parte del volumen que recensionamos, considerándolos más el fruto de una afectividad pasional y socialmente difusa, que de la evolución de una construcción intelectual inicial, deteniéndose en las aplicaciones prácticas concretas de lo que denomina nacionalismo autoritario, entre los que destaca el nacionalsocialismo alemán, el fascismo italiano y el falangismo español, de los cuales, quizás por la brevedad de su análisis, no dice nada.

El volumen cuenta al final de cada capítulo con un interesante listado de obras de referencia que se completa con una bibliografía general que aparece al final del libro y que incluye diccionarios, manuales y obras de consulta de indudable interés para el estudiante o el investigador que quiera profundizar

en las diferentes materias tratadas en el libro, todo ello acompañado de un índice de autores y de materias que facilita la búsqueda de cualquier concepto que al lector pueda interesar.

Desde estas líneas felicitamos muy sinceramente al profesor Jean-Luc Chabot, eminente investigador y docente, al que animamos a seguir en su estupenda trayectoria científica y en la organización de los interesantísimos Congresos internacionales de Derechos Humanos que, desde hace algunos años, convocan en la bella ciudad de Grenoble a todo un paisaje de científicos francófonos (con singular desprecio hacia las dos lenguas occidentales mayoritarias, inglés y español) de diversos países, secundando la magistral y disciplinada tarea del profesor Chianea, a la que contribuye con su elegancia gerencial Marie Zanardi.

María Encarnación Gómez Rojo

MARGARITA GÓMEZ-REINO CACHAFEIRO: *Ethnicity and Nationalism in Italian Politics. Inventing the Padania: Lega Nord and the northern question*, Ashgate, 2002, 233 págs.

En un momento en el que están surgiendo continuas y severas voces críticas por parte de la oposición política y sociedad italiana contra las diferentes políticas llevadas a cabo por su actual gobierno, con gran acierto sale a la luz este libro que permitirá al lector descifrar algunas de las claves de los presentes acontecimientos. Así, con la intención de explorar uno de los brotes nacionalistas más comentados en los últimos años, la *Lega Nord* (*Liga Norte*) y la revuelta política del Norte de Italia, este volumen presenta las respuestas necesarias para comprender los recientes movimientos en un país que vive uno de los más agitados momentos de su historia política. El estudio entonces de la *Lega Nord*, partido con claro carácter nacionalista construido sobre la invención de la *Padania* como nación y sobre la identidad política del Norte de Italia, cobra especial relevancia al estar conformando alianza de gobierno con *Forza Italia* de Silvio Berlusconi junto con el que se presentó con otros partidos bajo la fórmula electoral *Casa Delle Libertà* en las pasadas elecciones de 2001.

Este volumen básicamente se centra en explicar por qué y cómo sucedió que pudiera surgir y crecer un partido que crea un nuevo espacio político y redefine las identidades territoriales y los nuevos intereses haciendo de la «cuestión del norte» una parte de la realidad política italiana. El argumento que avanza el libro cambia la clásica relación de causalidad sobre el crecimiento de nuevos partidos etno-territoriales. Su novedad reside en que en lugar de definir desde el principio dimensiones del conflicto generadas por la

transición hacia sociedades postindustriales, se centra en mostrar cómo se construye en el proceso político un nuevo clivaje territorial. De modo que en este trabajo el conflicto es visto como un *resultado* y no como una condición preexistente para la movilización política. Mientras los estudios clásicos de Lipset y Rokkan en la década de 1960 ponían especial énfasis en la *conversión* de los mecanismos de conflicto social en alternativas políticas, la autora desplaza el centro de interés a las variables políticas e institucionales construyendo un puente entre la agencia y la estructura mientras se estudia el proceso político que permite la construcción de la citada «cuestión del norte».

La obra se presenta dividida en seis bloques bien diferenciados donde se examinan las perspectivas en el nacionalismo periférico de Europa, la nueva movilización política del Norte de Italia y la fabricación de su unidad, la *Lega Nord* y su construcción al margen de otros partidos, la movilización política y los recursos simbólicos finalizando con el interrogante de si existe un clivaje etno-territorial en el sistema de partidos italiano.

Así la primera parte del libro, construida bajo un tradicional diseño comparativo, permite la posibilidad de introducir comparaciones dentro de cada país como una útil herramienta metodológica para la exploración del cambio político. De este modo, las comparaciones proveen al lector del conocimiento necesario para entender las dificultades que la *Lega Nord* tenía para sostener la unidad del Norte como una categoría socio-cultural homogénea en la política italiana.

La evidencia presentada en el capítulo dos, muestra cómo la etnicidad como principio normativo se convirtió en válida para el caso italiano. El nacionalismo como principio de legitimidad se utilizó entonces para mostrar la presencia de objetivas o subjetivas diferencias que identificaban colectivos. Así, ya desde la década de 1970 existía una potencial movilización en varias regiones del Norte de Italia (Piamonte, Lombardía, Vento) que se fue traduciendo en la década de 1980 en algunos partidos políticos (*Liga Veneta* y *Lega Lombarda*) que representaron lecciones para entender las condiciones bajo las cuales los partidos podían hacer de la identidad un principio exitoso de movilización política.

El capítulo tercero analiza la naturaleza de la cuestión del Norte y la reinención política de la geografía italiana para explicar el surgimiento de la *Lega Nord* en el sistema de partidos de Italia. Muestra las tradicionales definiciones del dualismo territorial en Italia como fuente de activación del clivaje territorial en la política italiana.

La discusión sobre la relación de la política y los prejuicios desde el punto de vista de la movilización y la ideología partidista es el objeto de estudio en el capítulo cuarto. Se examina la principal cara del estilo de movilización

de la *Lega Nord*: la movilización contra los emigrantes, específicamente sobre la incompatibilidad cultural de grupos en la sociedad italiana. Un tema que trasciende en la actualidad las fronteras del Estado italiano para representar un punto de convergencia en las preocupaciones de la actual política europea.

Ya en el capítulo quinto, se hace específica referencia al liderazgo carismático de Humberto Bossi, líder de la *Lega Nord*, para mostrar el papel de las estructuras organizativas y movilización de su partido en la creación de la «cuestión del norte». Se plantea como novedad la relevancia de las nuevas organizaciones partidistas tanto en el estilo de movilización y organización como en sus constreñimientos organizativos, claves esenciales para explicar su éxito. Muestra también los límites de la teoría de Kitschelt sobre la nueva derecha e izquierda como polos opuestos en el escenario político. Así, la *Lega Nord* representa a un partido caracterizado por la importancia de la participación voluntaria y el activismo combinando elementos tradicionales e innovadores de los partidos políticos e introduciendo un marco competitivo para interpretar la realidad política en Italia utilizando política simbólica.

El capítulo sexto examina la construcción de un nuevo espacio político gracias a la trayectoria electoral de la *Lega Nord* durante la década de 1990, y a la transformación del sistema de partidos italiano con la desaparición del tradicional gobierno de partidos, la refundación del partido comunista y la creación de nuevos jugadores y reglas del juego que modificaron sustancialmente las condiciones para la competición política.

Se finaliza la obra con un interesante apartado destinado a las conclusiones donde el lector puede encontrar una síntesis de los principales debates y propuestas presentadas por Margarita Gómez-Reino Cachafeiro así como las claves políticas fundamentales de los análisis ofrecidos.

De esta manera, el estudio de la nueva movilización partidista en el Norte de Italia, permite entonces a la autora conducir los actuales debates hacia la temática de los cambios políticos que se están produciendo en la política europea. Así, el crecimiento de la *Lega Nord* forma parte del centro de debates cruciales que no sólo hacen referencia a la creación de nuevos clivajes en el sistema de partidos europeos, sino que también más ampliamente abordan la cuestión de los límites de la sostenibilidad de la tradición del Estado-nación. ¿Por qué una nueva movilización emerge en el Norte de Italia? ¿Por qué hay un nuevo partido que avanza reclamando su autogobierno y por qué ahora? Las respuestas se obtienen con la lectura de la obra.

Un trabajo de evidente actualidad y a todas luces imprescindible para investigadores, académicos y público en general interesados en los cambios partidistas y electorales de los sistemas políticos europeos. Estudio donde la autora se muestra realmente conocedora de los entresijos de la política italia-

na y en el que maneja a lo largo de todos los capítulos gran cantidad de entrevistas con los protagonistas de la rebelión de Italia del norte empleando para su análisis en todo momento fuentes primarias.

Como recogía la autora haciéndose eco de las declaraciones de M. Martinnazzoli de la Democracia Cristiana italiana, «en teoría la Liga Norte es como el resto de nosotros [...] y aun así, ellos son fundamentalmente diferentes del resto de nosotros» (pág. 141). Este volumen nos da las claves para saberlo.

Elena Martínez Barahona

MANUEL ALCÁNTARA SÁEZ y JUAN MANUEL IBEAS MIGUEL (eds.): *Colombia, ante los retos del siglo XXI: desarrollo, democracia y paz*. Ediciones Universidad, Salamanca, 2001, 267 págs.

Este libro aparece, tal vez, en uno de los momentos más críticos de la reciente historia política, económica y social de la otrora «Atenas suramericana» (1). Desde la oportuna y premeditada amplitud del mismo título del libro, estructurado a partir de tres ejes temáticos: el desarrollo, la democracia y la paz, los editores recogen un conjunto de ensayos que permiten al lector alcanzar una aquilatada visión de la realidad de un país que, como Colombia, se hunde en la más profunda crisis de su historia.

Precede al conjunto del libro una clarificadora introducción de los editores que, antes que agotar el debate que éste plantea, contribuye a aproximar una realidad tan compleja como la colombiana. Así, y como provocación, los editores sostienen que «[...] Colombia no sólo se encuentra entre los países más desiguales de América Latina, sino que también es uno de los países del área cuya distribución del ingreso ha empeorado más durante la década de 1990», pág. 14. Del mismo modo, y en cuanto hace referencia a la democracia, sostienen que «La falta de transparencia de las instituciones públicas y gubernamentales favorece la corrupción, una de las más altas del mundo, y alimenta una pérdida de credibilidad de las instituciones...», pág. 18. En cuanto al tema de la esquiiva paz, Alcántara e Ibeas, señalan a la violencia, política y social, no sólo como una constante en la historia del país, sino como uno de los mayores obstáculos, a pesar de los esfuerzos de los últimos gobiernos, para consolidar verdaderos procesos de paz. La paz se convierte en «uno de los retos fundamentales del nuevo siglo». La conclusión a la que llegan los editores en su introducción, es que la superación de la crisis colombiana, «impone una definición colectiva y democrática, en un sistema

(1) El apelativo obedece a que, en el pasado, Colombia fue calificada como la democracia más estable del continente.

político excluyente, del tipo de desarrollo que se quiere, reconociendo a la sociedad como una realidad esencial, construyendo un Estado eficaz y eficiente con prioridades en materia de derechos humanos y estableciendo una nueva relación entre ética y política». Sólo transformaciones estructurales de las relaciones políticas, económicas y sociales, como retos de cara a las próximas décadas, serán garantía del desarrollo, la democracia y la paz, en Colombia.

Así, de cara a la realidad colombiana, pero con el optimismo de ver a una nueva Colombia, prestigiosos investigadores, académicos y juristas, desarrollan el resto del libro. Doce rigurosos ensayos, articulados, pero en modo alguno coincidentes, en torno a los ejes temáticos propuestos en la introducción, analizan de manera crítica la evolución política, social y económica de las dos últimas décadas del país. Medófilo Medina, ocupándose del tema de la paz, señala al siglo xx como un siglo alternado por la guerra y los intentos de paz de los diferentes gobiernos. Para ello, lo divide en cinco periodos, *paz; paz con violencia; violencia; normalidad relativa; y, violencia endémica*. A partir de un enfoque descriptivo conceptual, muestra cómo los periodos se alternan entre la guerra y la paz. Una paz esquivada y relativa; y una guerra, no declarada, en forma de violencia endémica; añadiendo, no obstante, que «[...] la guerra, no es el destino nacional, ni la violencia una fatalidad genética ni una condena histórica. Si bien resultan identificables continuidades entre las violencias de los diferentes periodos, es también claro que las violencias tiene para cada uno de ellos su propia sustancia», pág. 24, sostiene Medina. Resulta, por demás, esclarecedor, alentador y optimista este ensayo, aunque el fin del siglo xx (2) y los comienzos del xxi, estén marcados por una escalada de violencia, suspensión de los diálogos de paz, y la declaración de la guerra por parte de un candidato presidencial, con intervención extranjera.

Pedro Medellín Torres, por su parte, se ocupa de explicar, a pesar de la dificultad que encarna su complejidad, la crisis colombiana. La complejidad de la crisis colombiana, se atribuye a la insuficiencia de desarrollos teóricos y conceptuales que den cuenta de ella. Es, «[...]un problema derivado de la ciencia política, al no haber podido establecer una relación orgánica entre la gobernabilidad, los actores políticos y la legitimidad como factores explicativos de la crisis», sostiene el autor, pág. 44. Con esta afirmación, el ensayo

(2) A finales de 1899, *El correo de Bolívar*, periódico de Cartagena, señalaba que «Envuelto en el humo de los combates, se hunde en el abismo del pasado, el año de 1899. Espantoso reguero de sangre deja tras de sí este memorable año...», 1899, marcó el inicio de la guerra de los Mil Días. La situación de guerra, con actores diferentes, a finales del siglo xx, no es en nada distinta. ¿Casualidad o continuidad?

de Medellín Torres, se propone identificar un sustrato común que permita interrelacionar: gobernabilidad, actores políticos y legitimidad. De este modo pretende, desde el punto de vista teórico, aproximar una explicación de los procesos de crisis, en general; y desde el empírico, utilizar tal explicación para dar cuenta del caso colombiano. La pretensión analítico-explicativa de la crisis, y su posterior referente empírico, es abordada en dos partes. En la primera, se hace un breve, pero profundo, recorrido teórico conceptual de la gobernabilidad, la legitimidad, y de los actores sociales, como condición necesaria para acotar no sólo el problema de la crisis sino también para identificar el sustrato común a ella: el ejercicio de gobierno. La relación orgánica entre los tres conceptos conduce a la interpretación de la crisis, al tiempo que describe el camino de ésta. En palabras del autor, «[...] la pérdida de confianza ciudadana en el Gobierno, reduce los márgenes de maniobra de los gobernantes. Se identifica a los actos de gobierno como un verdadero referente de viabilidad política e institucional», pág. 44. Agotada la parte más teórica, aplica sus conclusiones al caso colombiano, particularmente al gobierno del Presidente Andrés Pastrana Arango, como referente para describir y comprender la naturaleza, dimensiones y alcance de la crisis de gobernabilidad en Colombia. Crisis que ha transitado por tres fases claramente definidas: crisis de legitimidad; pérdida de la capacidad, gubernamental, de conducción política; y, por último, la fase de demolición del Estado, o crisis del Estado. A modo de conclusión, el ensayo refiere a los factores claves de la crisis colombiana, entre los que destacan la pérdida de control territorial; la inseguridad ciudadana; y la sentencia, controvertible desde luego, de que la crisis colombiana es el resultado de la crisis de la crisis.

El desarrollo del libro continúa con un pormenorizado y riguroso análisis de la Constitución Política de 1991 elaborado por Ana María Bejarano. Para ello, la autora sostiene que, para poner el debate sobre la Constitución, es necesario reducir el nivel irreal de expectativas que se generaron en torno a ella. Es decir, que la Constitución se debe reconocer como lo que es: «una carta de navegación que señala un norte; un mapa de ruta con un destino; un plano maestro para un proyecto en construcción —el de una sociedad más pluralista y más justa, un orden político más democrático y un Estado que sirva de marco institucional para el desarrollo de los dos anteriores», pág. 78. Así, al reconocer la Constitución como algo «imperfecto», lo que plantea la autora es la imperiosa necesidad de desarrollarla; el desarrollo constitucional pasa a ser, condición necesaria, aunque no suficiente, para la institucionalización de sus preceptos. En palabras de Bejarano, significa apreciar el verdadero potencial del texto constitucional. El ensayo se inicia con un «inventario» de virtudes y defectos del proceso que dio vida a la Constitución de 1991: el proceso constituyente. A ellos, se atribuye buena

parte de los problemas de ésta. Continúa con una evaluación, evolución e impacto, de la Constitución de 1991, en aquellos aspectos considerados fundamentales —justicia, economía, descentralización del Estado, reforma al régimen político—. Diferenciar el *propósito* original de la norma con el *desempeño* real de la misma, así como observar los efectos, esperados e inesperados, es el objetivo de la segunda parte del ensayo. Si aceptamos que una de las limitaciones de la ingeniería constitucional, es su incapacidad para predecir consecuencias y resultados, es válido el análisis que sobre la Carta de 1991 hace la autora. Tal como ella misma lo sostiene, «nadie puede exigir de los hacedores de una constitución una visión prospectiva, casi profética de la misma», pág. 85. Advierte, en la conclusión, el peligro que entraña el determinismo institucional; asimismo, su conclusión se convierte en una invitación a que se trascienda la crítica de la norma formal y se pase al análisis y crítica del diseño institucional, que permitan investigar más de cerca las prácticas políticas reales.

El proceso de paz de finales de la década de 1990, así como las discusiones en torno a la reforma de las instituciones políticas —congreso, partidos políticos, normas electorales— que ocuparon la dedicación de los constituyentes en 1991 dejaron, al descubierto, dos posturas con respecto al sistema de partidos deseable para el país. Mientras que para unos el bipartidismo había sido fuente de estabilidad institucional y por lo tanto debía preservarse; para otros, el exclusivismo y exclusionismo propios del bipartidismo tradicional, eran una de las raíces de los problemas que afectaban al país. La última postura finalmente triunfó. Tanto las normas constitucionales como sus desarrollos legales se orientaron al estímulo del tránsito de un sistema bipartidista hacia uno multipartidista. Luego de más de diez años de implementada la Constitución de 1991, surge un interrogante ¿se ha renovado el sistema de partidos? Mejor, ¿se ha re-configurado un sistema de partidos multipartidista? De estos interrogantes se ocupa Eduardo Pizarro León-Gómez, quien cree que lo que se ha observado, desde entonces, es una profunda atomización de los dos partidos tradicionales; que tal atomización ha alcanzado a los recién creados partidos y movimientos políticos (étnicos, religiosos y regionales). Hoy, lo que existe es un multipartidismo «engañoso» tras el cual se esconde el viejo bipartidismo. Los partidos y el sistema de partidos en Colombia, han experimentado durante las dos últimas décadas su peor momento, que hace que nuevos interrogantes, aún sin responder, ocupen la preocupación de políticos y académicos. Pero, en qué estamos? ¿Nos acercamos al colapso del sistema de partidos? ¿Estamos frente a una nueva recomposición y modernización de los partidos tradicionales? O, por el contrario, ¿se trata de la transformación del bipartidismo hegemónico en un bipartidismo atenuado, con presencia de terceras fuerzas de relativa significación? Estos in-

terrogantes son resueltos a lo largo del ensayo, dando cuenta en primer lugar del estado del bipartidismo; y, luego de la emergencia y estado de las terceras fuerzas. ¿Bipartidismo o multipartidismo? Nada de lo anterior, el autor cree que la noción que más se acerca, para calificar al sistema de partidos colombiano, es la de bipartidismo atenuado. Tal vez, los comicios futuros darán la razón a uno u otro.

En un sistema político caracterizado por la sistemática exclusión política, económica y social, Álvaro Camacho Guizado, en el siguiente ensayo, sostiene la hipótesis de que para que la sociedad colombiana se consolide como una democracia moderna, debe basar dicha consolidación en dos pilares fundamentales: de un lado, que la población se provea de un conjunto de condiciones de vida y bienestar que en otros lugares del planeta son dadas, así vastos sectores se encuentren lejos de ellas; por otro lado, la garantía de la existencia de «espacios vacíos» en donde se puedan expresar, cualquiera que sean, los intereses de la colectividad; entendiendo por espacios vacíos aquellos lugares que no pueden ser objeto de ocupación privada. En otras palabras espacios públicos democráticos. Camacho Guizado, sin embargo, encuentra obstáculos materializados en rasgos que caracterizan al sistema político colombiano, tales como *la desigualdad, la corrupción, el clientelismo, el rebusque y la violencia*, sin olvidar su principal potenciador: *el narcotráfico*. Uno a uno, el autor los describe y analiza, en el contexto colombiano, para concluir que la superación de éstos es el principal reto que enfrenta la sociedad colombiana no sólo para consolidarse como una democracia moderna, sino también para que el Estado colombiano se inserte en el contexto internacional.

Del tema de la recesión económica y la deuda pública, se ocupa Jorge Ivan González, quien en su ensayo propone como hipótesis de trabajo que *«las erróneas políticas monetaria y cambiaria que se aplicaron durante los años noventa contribuyeron a que aumentará la deuda pública de naturaleza especulativa»*. Para probar su hipótesis, González aborda el enfoque del crecimiento, contrario a la concepción utilizada por el Fondo Monetario Internacional, según el cual «[...] al estimular la especulación financiera, la deuda pública ha obstaculizado el papel anticíclico de la política fiscal. Puesto que una parte considerable del gasto público se destina al pago de la deuda, se reduce el monto de los recursos disponible para impulsar el crecimiento», pág. 143. Utilizando un método descriptivo-explicativo, la primera parte del ensayo muestra los hechos. En la segunda, señala, por una parte, que las políticas monetaria y cambiaria fueron equivocadas; por otra, la relación entre estas políticas y la deuda pública; y por último, la relación entre esta última y el crecimiento económico.

Darío Fajardo Montaña intenta el análisis de uno de los problemas más acuciosos de la realidad colombiana: el del campo y su relación con la vio-

lencia. En él, el autor somete a examen el ámbito de la agricultura y las relaciones sociales y políticas en las que se desenvuelve. Pero no sólo se queda en el examen. Fajardo Montaña sustenta elementos de análisis que sirven de base para una propuesta, acorde con la realidad del país, las necesidades de sus gentes y las posibilidades de su espacio. Del examen del campo y la agricultura resultan importantes, sus significados políticos y económicos. Políticos por su estrecha relación con la violencia y los cultivos ilícitos; económicos, por la pérdida de importancia de la agricultura y el campo. ¿Acaso es una contradicción? Lo cierto es que el autor muestra con cifras no sólo lo primero, sino también lo segundo, con lo cual su ensayo resulta relevante a efectos del debate que se propone en la introducción del libro.

Tema de gran actualidad, por su impacto en Colombia y en el exterior, principalmente en Europa, es el del Plan Colombia, instrumento de política exterior de los Estados Unidos para el combate de la droga. Héctor Mondragón va más allá de la simple concepción del Plan, que lo coloca como mero instrumento de suministro de material bélico, en mayor porcentaje, y de apoyo social. Va más allá, al situarlo como un instrumento con objetivos «ocultos», y cuyo propósito fundamental es el del petróleo; mejor, de las reservas que de este recurso posee el país. Así, a partir del análisis de los resultados del Plan Colombia, el autor desmonta toda la argumentación que lo justificó en su momento. En su lugar, propone alternativas tales como: *el incremento del poder y la capacidad de gestión ambiental de la comunidad local; el reordenamiento territorial; la defensa y disfrute de la diversidad cultural de la nación; la concertación como método para la solución de los conflictos*, entre otros. La implementación de éstas resulta necesaria para la superación de las actuales relaciones sociales, económicas y políticas, y por ende para la superación de la crisis colombiana.

Coligado con el anterior ensayo, Juan Gabriel Tokatlian analiza la estrategia, patrocinada por los Estados Unidos, utilizada para combatir los cultivos ilícitos: la fumigación con productos químicos. Para ello, hace un recorrido histórico que describe y explica dicha política. La posición del gobierno colombiano, según el autor, ha oscilado entre la oposición y la aceptación de la exigencia diplomática norteamericana. El balance de tal política, luego de más de diez años de implementada, es más que negativo. A más fumigación de cultivos ilícitos no se corresponde ni una menor área cultivada, ni mucho menos una menor cantidad de droga producida. Con esto se prueba, por parte de Tokatlian, que «[...] la racionalidad que justificaba una fuerte política de erradicación química en los polos de oferta ha probado ser desacertada...», pág. 205. Del mismo modo, la política ha sido desacertada para los intereses colombianos, «[...] por cada hectárea de amapola se destruyen en promedio 2,5 hectáreas de bosque,... en los cultivos de coca la relación es de 1 a 4...», pág. 206.

Siete años después de los intentos frustrados por alcanzar la paz mediante el diálogo, de Caracas y Tlaxcala, el entonces recién electo Presidente Andrés Pastrana Arango, aún sin posesionar sorprende al país y al mundo con su visita al campamento del Secretariado Nacional de las FARC el 21 de junio de 1998, en un intento más por conseguir la esquiva y anhelada paz para los colombianos. Tal hecho generó, obviamente, nuevas expectativas de cambio; atrás habían quedado los fracasados diálogos y el camino a la paz se allanaba. *Los dilemas de la paz: renuncia a las armas o reformas estructurales* tenían un horizonte esperanzador. De estos dilemas de la paz, tema recurrente, que es visto a lo largo del libro desde diferentes ópticas, se encarga Alberto Cruz al analizar la política de paz del Presidente Pastrana, quien fue más allá del reconocimiento del carácter político del conflicto armado en Colombia, al reconocer que éste tiene sus orígenes en las situaciones estructurales de exclusión política, social y económica; y que la guerrilla con sus acciones lo que busca es precisamente una transformación de tales estructuras. Antes recorre el tortuoso camino seguido por anteriores gobiernos en busca de la paz. Desde Belisario Betancur hasta Pastrana, pasando por Virgilio Barco, César Gaviria y Ernesto Samper. Desde la paz parcial hasta la guerra total. El ensayo muestra el largo camino de un anhelo colectivo que hoy ve con desencanto el esperanzador horizonte que un día, como en otras ocasiones, un Presidente señaló.

Con la lente puesta en el conflicto armado colombiano, y en los medios para construir la paz, Pedro Valenzuela aborda el tema, no desde el punto de vista de los actores armados sino que, por el contrario, lo hace desde la óptica de la sociedad civil y su contribución a la solución de éste por la vía del diálogo. Para Valenzuela, los civiles en situación de conflicto armado, «[...] no son exclusivamente víctimas u observadores indiferentes y de hecho cuentan con una amplia gama de opciones en un espectro entre la pasividad y actividad extremas», pág. 240. Con este planteamiento inicial, el autor propone, desde lo académico, tomando como referente experiencias de varias zonas del país, una modalidad particular de construcción de paz en medio del conflicto armado: la creación de zonas o comunidades de paz. Con un enfoque descriptivo-conceptual, Valenzuela caracteriza tales experiencias, precisa conceptos y ofrece reflexiones, «planteadas más como inquietudes que como respuestas», como él mismo lo señala. Serio y riguroso, como es él, concluye con prudencia que aún quedan muchos interrogantes por resolver y precisiones por hacer respecto a las comunidades de paz. Más que un ejercicio académico el aporte del profesor Valenzuela debe ser visto como un aporte más en el difícil camino para construir la paz en Colombia.

Baja el telón de las imágenes, descritas a lo largo del libro, Federico Andréu, abogado defensor de los derechos humanos, ocupándose de un tema

que coloca al sistema político colombiano, a nivel internacional, en el ojo del huracán: el de la violación de los derechos humanos. Y es que en Colombia sistemáticamente los derechos humanos son vulnerados diariamente, pero no sólo eso sino que también tales violaciones, en la mayoría de los casos, se cubren con el manto de la impunidad y la indiferencia. Reseñar un cuadro amplio de tales violaciones en un país como Colombia, no resulta fácil; pero Federico Andréu, aproxima el panorama y lo acota en las tres últimas décadas de la historia colombiana, combinando la evolución de las violaciones, con la política estatal para contenerlas. No sale bien parado el Estado colombiano. Durante las tres décadas sometidas al análisis, el autor identifica cuatro modelos por los que ha pasado la violación de los derechos humanos: *la represión legal; la guerra sucia; la guerra integral, mezcla de represión legal con guerra sucia; el paramilitarismo*. Cada una de ellas con su propia dinámica y características. Del mismo modo, identifica como ausente la política estatal en materia de derechos humanos durante la década 1970 y la primera parte de la siguiente. Época durante la cual, no sólo se negaba la ocurrencia de tales violaciones sino que se las justificaba como resultado del necesario mantenimiento del orden público. Desde entonces, si bien el tema de los derechos humanos ha sido incorporado al discurso gubernamental, y se han creado una «[...] frondosa red de dependencias oficiales de derechos humanos, sin lugar a dudas una de las más abultadas y laberínticas de todo el mundo», págs. 263, la situación no cambia. Hoy, Colombia es uno de los países en donde de manera persistente y dramática se cometen más violaciones a los derechos fundamentales en el mundo. Las conclusiones del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos en Colombia son disidentes de la realidad: «los derechos humanos no han sido objeto de un tratamiento suficientemente prioritario por parte del gobierno; asimismo, tampoco lo han sido las recomendaciones internacionales».

El rigor académico, conceptual e investigativo con que han sido elaborados los ensayos, convierten a este libro en un ejemplar imprescindible para cualquier acercamiento a la realidad política, social y económica de Colombia durante las últimas décadas. Si bien, el fondo de cada uno de los ensayos deja ver un halo de incertidumbre y desesperanza, es ésta misma la que obliga a mirar el futuro del país con prudencia pero con mucho optimismo y deseos de seguir construyendo el país que se quiere. En definitiva, Colombia es un país plenamente vivo y una sociedad en permanente proceso de construcción, como lo señalan los editores, muy a pesar de las desgracias de la violencia y la desigualdad social, económica y política.

Carlos Enrique Guzmán Mendoza

ALFREDO RAMOS JIMÉNEZ (ed.): *La transición venezolana. Aproximación al fenómeno Chávez*. Centro de Investigaciones de Política Comparada-Universidad de los Andes, Mérida-Venezuela, 2002, 268 págs.

Ciertamente la llegada y triunfo del presidente Chávez a partir de 1998 y del *chavismo* respectivamente, marcan un hito y naturalmente el inicio de una nueva etapa en nuestra historia y tradición política. El fenómeno Chávez envuelve una serie de características, particularidades y por sobre todo efectos que lo hacen ser un fenómeno de gran interés no sólo para la región latinoamericana, sino para Europa misma.

Como proceso y como fenómeno demanda ser estudiado con cierto detenimiento por parte de la ciencia política regional. Esta última dispone de una serie de útiles teóricos-metodológicos y consecuentemente con las herramientas analíticas y críticas que disponemos los politólogos en la actualidad, y que en el caso concreto que nos ocupa, encontramos una común preocupación por parte de los siete trabajos que integran esta aproximación, concebida desde la politología y la academia venezolana, hacia un objeto que hace tiempo dejó de ser exclusivo de la universidad o de Venezuela como el abordado aquí.

De manera que estamos de acuerdo con los autores al señalar que «el conjunto de trabajos que aquí presentamos lo hemos situado dentro de una perspectiva politológica amplia, en la que tienen cabida unos cuantos esfuerzos individuales, unos más reflexivos que otros. En todo caso, los autores de este libro nos hemos propuesto contribuir a una discusión que apenas comienza» (pág. 12).

En dicho trabajo encontramos el análisis de la sociedad y la política venezolana en una serie de perspectivas o claves que van desde lo económico, lo político, lo sociológico hasta lo cultural. Algo queda claro y distingue esta aproximación como es el hecho de ir más allá de las explicaciones rápidas a las que nos tienen acostumbrados los empiristas ingenuos y los propios comunicadores.

Siendo así tendríamos que todos los trabajos presentados en esta antología están orientados y comprometidos con una pertinente reflexión y argumentación crítica alrededor de los diversos fenómenos que se desprenden en estos últimos años a partir de la desintitucionalización de los partidos políticos, el agotamiento de los liderazgos y posteriormente el surgimiento de nuevos actores, prácticas y liderazgos que no necesariamente se agrupan dentro de prácticas estrictamente democráticas.

Alfredo Ramos Jiménez en su disertación alrededor de los límites del liderazgo plebiscitario y del fenómeno Chávez en perspectiva comparada, expone como «el nuevo liderazgo que comienza a establecerse estaba neta-

mente orientado hacia la promoción de formas plebiscitarias de gobierno y de participación, firmemente sustentadas en la figura de un presidente personal... a la personalización de la decisión política se sigue la intención presidencial y antidemocrática de gobernar por decreto y de liquidar toda oposición, partidista o extrapartido, resquebrajando con ello las endebles construcciones democráticas y favoreciendo formas autoritarias de hacer política que reducen significativamente el Estado de derecho» (pág. 16).

En Venezuela registraríamos a partir del triunfo de Chávez producto de una situación de gran rechazo de la política tradicional y de sus instituciones respectivamente, una suerte de aggiornamento por refundar la República bajo el rotulo del nuevo comienzo o V República alrededor de la figura de Hugo Chávez Frías y de su proyecto «revolucionario» respectivamente.

Lo cierto del caso, y en este sentido Ramos Jiménez se ha detenido un tanto en el estudio de estas llamadas nuevas formas de hacer política, encontrando de antemano que el surgimiento de estos nuevos líderes y concretamente la propuesta populista tiende en todos a adoptar características mesiánicas, tanto en el nivel del discurso movilizador de la masa del pueblo, como en la práctica del gobierno providencial.

El avance de dichas figuras y de sus respectivos proyectos ocurre en situaciones de desmantelamiento institucional, de crisis política y de ingobernabilidad democrática, caldo de cultivo para la promoción de liderazgos populistas de diverso cuño y orientación, generalmente con propuestas vagas de sociedad y hasta de economía como es el caso del proyecto chavista en Venezuela.

«El liderazgo populista carismático resulta, por consiguiente, reacio a las formas de competición democrática y tiende siempre a personalizar todas las acciones y decisiones gubernamentales» (pág. 27). Esto constituye una variable prácticamente indispensable de la nueva ola de líderes neopopulistas en la región latinoamericana donde la experiencia venezolana no es ajena o distinta.

Ahora bien, la cuestión a dilucidar radica en que «el triunfo de Chávez en las elecciones de diciembre de 1998 sobre fuerzas coaligadas de la nueva oposición democrática (AD-COPEI y otros partidos menores) marcó para la historia de Venezuela la entrada de una época cargada de incertidumbre... La transformación propuesta por Chávez y el chavismo en el poder presupone en el discurso del líder una dirección carismático-plebiscitaria con alcances revolucionarios, en el sentido de conducción y control de un proceso de cambios a realizar dentro del marco de una democracia formal» (págs. 30-31).

De manera que en el fenómeno Chávez intervienen una serie de factores de tipo social, económico, político, cultural y místico que a partir de una

marcada personalización de la política y del poder en Venezuela, intenta suplantarse el modelo de democracia representativa por una suerte de experimento que plantea sustituir esta última por una democracia «participativa y protagónica» que no es más que un modelo trasnochado de democracia plebiscitaria, altamente voluntarista y personalista.

Tendríamos así que «la política de la transición en Venezuela, no se limitaba entonces a la experiencia plebiscitaria de Chávez y del chavismo, sino que se extiende a las principales alternativas que, a comienzos del 2002, anunciaban, por un lado, peligrosas desviaciones autoritarias del gobierno, y por otro, la reorganización del espacio, demasiado heterogéneo hasta entonces de la oposición» (pág. 40).

Entre tanto y continuando con esta misma óptica expositiva alrededor del fenómeno Chávez, encontramos la propuesta de Luis Madueño «El populismo quiluiástico en Venezuela. La satisfacción de los deseos y la mentalidad orgiástica», trabajo éste sumamente rico en categorías y elementos sociológicos y culturales para abordar con rigurosidad y amplitud la cuestión del populismo latinoamericano, y particularmente, la experiencia venezolana que Luis Madueño la aborda y explica a partir de los postulados de la sociología de Karl Mannheim.

En este sentido, la propuesta de Madueño se presenta como innovadora y requisitoria dado que rompe con los estudios tradicionales presentados por algunos postmodernistas en la región que tienden a explicar parte de los cambios a partir de un «supuesto» fin de la política, del sujeto y demás categorías. Muy por el contrario, encontramos una aproximación fresca que deja claro naturalmente, el proceso continuo que acusa América Latina en estos últimos lustros en los que se revela una suerte de «agotamiento y desvanecimiento de las estructuras, de las instituciones y hasta de los procesos que de alguna manera deja abierto las posibilidades y condiciones para el surgimiento de actores que se cobijan sobre las bases de nuevas identidades» (págs. 48-49).

Estamos de acuerdo con Luis Madueño cuando expone que en los países latinoamericanos, se regresa a una imagen prepolítica de la sociedad, en la medida en que la reinención de la política nos conduce a una contramodernidad, buscamos refugio en antiguas referencias, además ya desaparecidas.

De manera que lo que registramos en nuestros contextos fue, en parte, procesos de desinstitucionalización de las fuerzas y de las estructuras sociales en forma sistemática que viene aparejada del surgimiento de liderazgos políticos no institucionales, fenómeno éste que no es privativo de Venezuela, sino que se registra en otros países de la región latinoamericana.

Tendríamos según Luis Madueño una situación en la que encantáramos algunos dilemas alrededor de la fosilización de las instituciones, en primer

lugar, lo referido a la incapacidad de las instituciones para realizar los cambios y las transformaciones correspondientes, en segundo lugar, cuando aumentan las brechas y desigualdades en los asideros sociales, económicos, culturales y políticos, sobre los que se construye y descansa el edificio de las instituciones (pág. 51).

Asimismo, la nueva clase política no tiene antecedentes políticos dado que no son políticos profesionales y con una corta carrera política, cuestión que en parte explicaría los errores cometidos y su escaso desempeño tanto en la Asamblea Nacional, como en el propio tren ejecutivo y ministerial del presidente Chávez.

Manuel Hidalgo Trenado, Profesor de la Universidad Carlos III de Madrid analiza lo que han sido las reformas económicas y los respectivos cambios políticos sucedidos en Venezuela desde 1989 (segunda presidencia de Carlos Andrés Pérez) pasando por la segunda gestión de Rafael Caldera hasta la llegada de Hugo Chávez Frías en 1998.

Ciertamente, el análisis introducido por Hidalgo Trenado intenta mostrar una serie de indicadores y elementos que revelan en primer lugar que el país no ha contado en sus últimos años con un líder transformador, dado que no ha sido posible introducir y llevar a cabo una serie de cambios profundos con incidencia en el sistema político, asimismo, podemos inferir que en la evolución política y económica contemporánea si alguna constante destaca en menor o mayor medida ha sido el agotamiento del modelo económico.

Evidentemente un actor fundamental en la evolución política y económica de Venezuela, y particularmente del modelo económico, ha sido el Estado por lo menos en las últimas décadas, en el que se convirtió en supervisor, promotor y reformador de las actividades subsidiarias en el ámbito de la producción (pág. 80).

Sin embargo, la economía venezolana ha estado sujeta a ajustes, desajustes, reformas, períodos de crisis y de bonanza, y naturalmente planes económicos de ajuste macroeconómico y de estabilización económica desde los tiempos del presidente Luis Herrera, Jaime Lusinchi, pasando por Carlos Andrés Pérez, Rafael Caldera hasta Hugo Chávez.

Lo cierto del caso es que la tendencia hacia la profundización de la crisis que no es sólo económica, sino política es lo que prácticamente define a la Venezuela de los años noventa, en los que queda evidenciado que el modelo tradicional de desarrollo, sustentado en la renta petrolera y el capitalismo de Estado colapsa. Asimismo, tendríamos en el mismo período que los programas y planes aplicados (salvo algunas excepciones) no solventaron la crisis y los desequilibrios presentes en nuestra economía y sociedad respectivamente.

La situación de estancamiento económico es una constante a partir de la segunda mitad de la década los noventa, incluso profundizándose en algunos

casos y en parte todo tiene como explicación a juicio de Hidalgo Trenado que «el liderazgo político contribuyó de manera decisiva al fracaso de las reformas económicas y, consiguientemente, al triunfo del ex militar golpista Hugo Chávez en las elecciones presidenciales de 1998» (págs. 119-120).

Elena Martínez Barahona, de la Universidad de Salamanca, analiza los principales factores que han dado lugar a la formación de una nueva clase política en Venezuela, tras la llegada al poder del MVR como actor colectivo y de Hugo Chávez como actor individual respectivamente. En este sentido, para dar cuenta de la llegada al poder de estos nuevos actores políticos, la autora procede a explicar sucintamente cómo se gesta y comienza a articularse el MVR como organización partidista, lo cual se remonta a las células del Ejército de Liberación del Pueblo de Venezuela en los setenta y posteriormente lo que sería el Movimiento Bolivariano Revolucionario 200 (MBR-200) en los ochenta.

Conviene señalar que el estudio llevado a cabo por esta investigadora española posee una serie de datos, caracterizaciones y demás variables alrededor de la bancada parlamentaria oficialista, en la que confluyen y están no sólo el Movimiento V República (MVR), sino una facción del Movimiento Al Socialismo (MAS), el Partido Patria para Todos (PPT). Dentro las variables estudiadas para clasificar a la clase política actual y representantes ante la Asamblea Nacional están, la ubicación ideológica, Estratos Socioeconómicos, Nivel Educativo, profesionalización de la Política, etc.

Algo salta a la vista en el trabajo y medición realizada por la autora, como lo es la escasa formación de los diputados de la bancada oficialista, asimismo destaca que los mismos lejos de tener un liderazgo propio, alcanzaron tales magistraturas debido al respaldo del presidente Chávez y de su candidatura portaaviones.

Dentro de las principales conclusiones a las que llega Martínez Barahona están las de que el MVR como organización partidista se define por su personalismo, su estructura formal frente a la informal y realmente existente, su verticalidad estructural y en la toma de decisiones y su carácter electoral y funcionalista. Su perfil personalista ayudado por la concertación de decisiones en una pequeña cúpula organizativa que ha permitido a su líder, Hugo Chávez, promocionar en continuas ocasiones la transformación del partido en una organización más amplia aglutinando en ella a otras fuerzas políticas (pág. 158).

Otro de los trabajos expuestos en este libro alrededor de la transición venezolana, es el de la politóloga venezolana Rosaly Ramírez quien de forma muy prolija realiza un ajustado y rico análisis de la evolución sociopolítica de Venezuela en estas últimas décadas. Ciertamente, expone la autora y en esto coincide con los demás planteos y autores del libro, en el sentido de

destacar que «las instituciones políticas tradicionales se han revelado hasta ahora incapaces de canalizar las múltiples transformaciones sociales. Aquéllos parecen haber perdido su potencialidad para introducir, conducir y/o reproducir los cambios sociales» (pág. 163).

De manera tal que cuando las agencias (partidos-clase política-grupos, etcétera) pierden la centralidad que les definió en la estructuración de la política y la sociedad respectivamente, se producen las distorsiones que en materia de representación, canalización y participación política hemos observado por lo menos en cuanto a la experiencia de fin de siglo en Venezuela.

Parte de las distorsiones y aberraciones democráticas registradas en este fin de siglo fue concretamente el que «la clase política tradicional venezolana se fue convirtiendo cada vez más en un círculo cerrado, separado de los ciudadanos, quienes se han visto progresivamente excluidos del juego democrático» (pág. 164). Esto explicaría buena parte de la debacle institucional actual en Venezuela y otros países de la región, en los que el disfuncionamiento de las agencias (principalmente de los partidos), problemas de ingobernabilidad, junto a la erosión y posterior quiebre de la política de pactos y acuerdos entre las diversas élites y el propio *establishment* tradicional, terminó conformando una situación que fue aprovechada por esta moda neopopulista y por el propio discurso antipolítico que en los años noventa, incurrió con cierto éxito en la política latinoamericana y particularmente en la política venezolana, teniendo como máximo exponente el ex golpista Hugo Chávez Frías.

El penúltimo trabajo integrante de este libro sobre la transición venezolana está referido a la temática de la descentralización como proceso evaluado entre la partidocracia y el chavismo. De entrada diremos que si bien es cierto el tema central del trabajo del politólogo sueco Rickard Lalander esta referido a la cuestión de la descentralización, no es menos cierto que el autor se detiene en el funcionamiento de la democracia en Venezuela, el papel de los partidos, los liderazgos regionales y la sociedad civil.

Siendo así, Lalander realiza un examen de lo que ha sido el proceso de descentralización, que en toda la región latinoamericana estuvo en boga en los años ochenta, en el caso de Venezuela se inicia dicho proceso a través de la iniciativa la Comisión Presidencial para La Reforma del Estado (COPRE) a partir del año 1984 y se materializan los primeros logros a partir de 1989.

Cabe señalarse que dentro de las ideas expuestas en dicho estudio está en que la partidocracia con todos sus males impulsó el proceso de descentralización por oposición a el presidente Chávez que ha criticado la descentralización política y administrativa e incluso como señala Lalander «ha cuestionado la autonomía excesiva de los gobiernos estatales y municipales. Se suponía que la nueva Constitución de 1999 enmendaría estos defectos y también

algunas herencias feudales de la tradición colonial, para hacer más fácil la intervención del gobierno central en el territorio regional y municipal. Sin embargo, como agrega el autor, los chavistas han fracasado en la limpieza de la administración pública con eslabones de los partidos tradicionales... dándose una suerte de y proceso de recentralización durante el gobierno de Chávez» (pág. 230).

Dentro de las principales conclusiones que extraemos de la exploración del politólogo sueco es el hecho de que con la descentralización «AD y COPEI parecen haber perdido parte de la fuerza y el control que anteriormente tenían sobre los dirigentes políticos regionales y locales... por oposición tendríamos que uno de los logros más significativos de la reforma descentralizadora radica en el valor simbólico del nuevo liderazgo en los niveles estatal y municipal y sus implicaciones para la legitimidad del sistema político. Los ciudadanos y los actores políticos han comenzado a aprovechar las oportunidades y las posibilidades políticas, institucionales y prácticas que ofrecen este sistema descentralizado de democracia» (pág. 234).

El politólogo venezolano José Antonio Rivas Leone cierra el presente libro con su trabajo «Antipolítica y nuevos actores políticos en Venezuela» en el que presenta una investigación pormenorizada de lo que ha sido el funcionamiento de los partidos políticos, particularmente su eventual crisis que trae consigo el surgimiento de nuevos actores políticos con discursos, prácticas y modos de hacer política un tanto reñidos con el credo democrático.

En este sentido el autor se plantea en su disertación como planteamiento e interrogante inicial el hecho de que «si aceptamos que la principal agencia que sostiene a la política democrática ha entrado en una fase de agotamiento, cuestionamiento y pérdida del poder de gravitación en nuestras nacientes democracias latinoamericanas, tendríamos que aceptar el hecho de que en ese mismo orden de ideas la democracia sufre problemas de institucionalización de las prácticas que las sustentaban. Más aún, el problema puede plantearse a partir de la cuestión de saber ¿cómo construir un modelo de democracia estable y viable, si los principales actores y protagonistas de la democracia atraviesan procesos de descomposición y desinstitucionalización? ¿Son proclives los nuevos actores a depender y profundizar la institucionalización de la democracia? Estas cuestiones recogen en gran parte las inquietudes y los lineamientos teóricos más idóneos para abordar el problemas» (pág. 243).

Ciertamente, en el análisis realizado por Rivas Leone es una radiografía de los que ha sido el devenir en estos últimos años de la democracia en Venezuela, y principalmente del papel de los actores políticos. Lo que queda claro es que en opinión de este autor el escenario social y político actual de reordenamiento y de transformación, revela todo un conjunto de distorsiones, que ha sido producto de la incapacidad reiterada de los principales acto-

res para representar e identificar a los ciudadanos. Ello ha generado en los noventa una situación de desencanto.

Tendríamos que la tesis del politólogo venezolano se orienta a explicar la crisis de los partidos como deficiencia funcional e institucional. Categóricamente expone que «la representatividad ha sido erosionada por la marcada separación que se ha producido en los últimos años entre lo social y lo político, entre los actores sociales y los actores políticos, entre representantes (partidos y clase política) y los representados (ciudadanía). En Venezuela, la crisis partidista que les afecta llama más que en ningún otro sistema la atención, dado que si algo caracterizaba a nuestro país, y a su democracia, era precisamente la estabilidad de su sistema de partidos. Más que en ningún otro contexto, nuestros partidos pasaron de un gran éxito político a un estado de perplejidad política. Aunque hay quienes señalan que no podemos explicar su fracaso y salida en la actual configuración sin tomar en cuenta los factores económicos, institucionales y hasta culturales que influyeron notablemente en su evolución y que explican su estado actual de agotamiento y retroceso» (pág. 257).

Indudablemente en Venezuela la situación de agravamiento social, económico y deterioro de las agencias políticas (tanto partidos como clase política) se venía gestando y dando desde hace unos cuantos años. En los años noventa es donde mayor cantidad de cambios registramos en la arena política, social, electoral y demás.

Rivas Leone subraya en su trabajo que «de una elección (1993) a otra (1998) se produjo un cambio apreciable, tanto del comportamiento electoral como de la composición del sistema de partidos. Además, este cambio en nuestro comportamiento electoral, se produjo de manera moderada en 1993, se repite y ratifica tal vez de manera más acentuada en la elección presidencial de 1998, en la que se asiste a la casi-eliminación de Acción Democrática y COPEI, y, por ende, a una reestructuración y desinstitucionalización del sistema de partidos» (pág. 258).

Finaliza el autor exponiendo que lo común en estas nuevas formas de hacer políticas que se ubican en el terreno de la antipolítica y el neopopulismo, es su clara orientación de reconstrucción de la política democrática bajo términos de campos antagónicos y excluyentes, que prescinden de la intermediación partidista, sustituyéndola con el nexo directo del líder con la masa popular. Este fenómeno es casi un denominador común en la ola de nuevos liderazgos en toda la región latinoamericana, ahora el verdadero problema está en que estas «nuevas» formas de hacer política no terminan de conformarse como una garantía y alternativa viable de estabilidad de la democracia.

En conclusión tendríamos que dicho trabajo muestra de forma clara, rigurosa y muy objetiva una aproximación a la transición venezolana, y parti-

cularmente hacia el fenómeno Chávez bajo un perspectiva politológica rica en elementos analíticos en la que confluyen varios planos de lectura y manera de decantar y por ende aproximarse a un determinado fenómeno que por sus características y efectos, reviste una importancia que no se limita ya únicamente a Venezuela, sino que se presenta como un fenómeno con importancia para toda América Latina.

Hemos tratado de resaltar parte de la discusión que estos politólogos en nombre de la Academia venezolana principalmente, han hecho, y que ciertamente no dudamos tanto de la calidad de todos los trabajos, como de que serán motivo de arduos debates y discusiones en toda la región latinoamericana, muy sumergida en la temática planteada en este reciente libro que se presenta como el primer intento de abordaje del fenómeno desde y con las herramientas propuestas desde la ciencia política latinoamericana, y que será de obligatoria consulta de todo aquel que quiera encontrarse con una explicación y tratamiento bien estructurado, objetivo y sistemático de la rica realidad venezolana como laboratorio de cambios sociales en América Latina.

Luis Enrique Montilla

